

UNIDOS PARA SIEMPRE

LA PREPARACIÓN AL MATRIMONIO



Más de 4.000
ejemplares vendidos
8ª edición
ACTUALIZADO
con citas de Amoris
laetitia del Papa
Francisco

Juan Moya
Virginio Domínguez

SEKOTIA

“UNIDOS PARA SIEMPRE”
LA PREPARACIÓN AL MATRIMONIO

Sexta edición

Juan Moya Corredor
Virginio Domínguez

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© a los textos: Juan Moya Corredor y Virginio Domínguez Domínguez

© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2022

WWW.ALMUZARALIBROS.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

INFO@ALMUZARALIBROS.COM

PARQUE LOGÍSTICO DE CÓRDOBA. CTRA. PALMA DEL RÍO, KM 4
C/8, NAVE L2, Nº 3. 14005 - CÓRDOBA

ISBN: 978-84-16921-05-8

DP: CO-107-2020

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

Nota de los autores	13
Introducción	15
1. Las etapas de la preparación matrimonial.....	19
La preparación remota: infancia y adolescencia	19
El noviazgo o preparación próxima	21
La preparación inmediata o curso prematrimonial.....	23
Cuestionario	28
2. Sexualidad y pureza.....	29
Consideraciones preliminares	29
El fin de la sexualidad	31
El amor de los novios	33
La virtud de la castidad, garantía de la fidelidad.....	39
La influencia del ambiente: luces y sombras.....	42
Cuestionario	52

3. El matrimonio: naturaleza y propiedades	53
Naturaleza del matrimonio	53
Propiedades esenciales	57
1. La unidad	57
2. La indisolubilidad	60
3. Apertura a la fecundidad	70
Cuestionario	75
4. Los sacramentos. El sacramento del Matrimonio	77
Los sacramentos de Cristo en la Iglesia	77
1. La salvación en Jesucristo	77
2. Actualización y aplicación de la salvación: los sacramentos	79
El sacramento del Matrimonio	85
Contenido y eficacia del sacramento del Matrimonio	88
Cuestionario	91
5. Casarse en la Iglesia y por la Iglesia	93
Los ministros y la forma del sacramento	96
Rito, lugar de la celebración y anotaciones	97
Matrimonios mixtos	98
Bautizados alejados de la Iglesia	100
Impedimentos	101

El consentimiento.....	102
Relación entre amor y matrimonio.....	103
Matrimonio rato y consumado	104
La disolución del vínculo	104
Separación permaneciendo el vínculo.....	105
Matrimonios nulos	105
Algunas causas de nulidad del matrimonio.....	106
Convalidación simple y sanación en la raíz	108
Cuestionario	109
6. El amor conyugal.....	111
Características del amor conyugal	112
El amor conyugal en el matrimonio sacramento.....	114
El amor cotidiano	117
La madurez en el matrimonio	118
Cuestionario	125
7. La paternidad responsable	125
El matrimonio, ordenado a la procreación	125
Los padres, colaboradores de Dios en la procreación	126
La decisión de tener o no un nuevo hijo	128
Criterios morales de la paternidad responsable.....	131
Cuestionario	141

8. Fisiología de la reproducción y su regulación	139
El ciclo ovárico	139
La fecundación. Días fecundos de cada ciclo	140
El día de la ovulación	141
Métodos naturales de diagnóstico de fertilidad.....	141
Métodos naturales y anticonceptivos: diferencia moral.....	143
 9. La convivencia en la vida diaria.....	 147
La comunicación y el entendimiento	147
La toma de decisiones	152
Trabajo y dedicación al hogar	153
La familia de sangre	155
La práctica de la fe	156
Cuestionario	158
 10. Matrimonio y vida cristiana	 159
El matrimonio como vocación	160
Seguir a Jesucristo.....	162
Motivos para mejorar la vida cristiana de cara al matrimonio.....	163
Vida de oración y sacramentos.....	167
Cuestionario	171

11. Educación de los hijos	173
Las líneas maestras de la educación.....	173
La formación humana	175
La educación de la conciencia.....	177
La educación de la libertad	177
La educación sexual	181
La educación en la fe.....	183
Cuestionario	186
12. Resumen doctrinal.....	187
Anexos.....	199
1. Relación de algunas de las ideas principales del curso prematrimonial.....	199
2. Sobre el expediente matrimonial.....	203
3. La celebración del matrimonio.....	207
4. Examen de conciencia para la confesión.....	211
Bibliografía.....	215

Nota de los autores

En el año 2001 comenzamos a impartir Cursos Prematrimoniales en al Real Oratorio del Caballero de Gracia. Cada año, varios centenares de novios han asistido a ellos. Este libro ha surgido a partir de las exposición de lo temas propios de esos cursos preparatorios.

Queremos dejar constancia aquí de nuestro agradecimiento a todos los que han hecho posible llevar a cabo esta iniciativa: a la Parroquia del Santo Cristo de la Victoria (Madrid), que nos facilitó el comienzo de la actividad, y en particular a D. Agustín del Olmo (q.e.p.d.) y a Doña Carmen Ayuso (q.e.p.d.); y a la Basílica de San Miguel (Madrid), que a través de D. Fernando Jadraque nos orientó en los temas del Curso.

Requieren un agradecimiento especial los integrantes del Equipo que con los autores de este libro imparten las diversas sesiones del Curso: D. Pedro Julio Tejedor y D. José María Revuelta, sacerdotes del Real Oratorio; D. Alonso Gil y Doña Beatriz Milans del Bosch, padres expertos de una familia numerosa; el joven matrimonio D. Ignacio Tornel, Mediador Familiar, y Doña Alicia Trelles, Doña Rosa Corazón, Abogada Rotal y Doctora en Derecho, especializada en Derecho Matrimonial; D. Daniel Tirapu, Catedrático de Derecho Constitucional; D. Luís Chiva y D. Fernando Paredes, ginecólogos de gran experiencia profesional. También han sido profesores de estos Cursos en diversas ocasiones Doña Sara Pérez-Tomé, madre de familia nu-

merosa, Orientadora Familiar, Presidenta de la Asociación de Familias Numerosas de Madrid durante más de diez años; Doña Paloma Roca, Doctora en Derecho y especialista en Derecho Matrimonial; D. Antonio Cubillos, médico y padre de familia; Doña Inés Varela, farmacéutica; Doña Soledad Fumanal, enfermera; D. Santiago García, profesor y Orientador familiar; Doña Lourdes García y D. Ricardo Cuesta, padres de familia; D. Manuel Pardo, Orientador familiar; D. Luís Granados, ginecólogo, el matrimonio D. José María Ortiz y Doña Rosario Silva, D. Antonio Santos, D. Enrique Ulecia, Doña María Uzquiano, padre de familia y experto en Orientación Familiar. Y D. José Ramón Pérez Arangüena, sacerdote.

Organizar el Curso requiere también muchas gestiones para preparar el material, informar a los interesados y concretar las entrevistas con los novios que asistirán. En este capítulo imprescindible han colaborado eficazmente D. José Galvín, D. Antonio Pino, D. Jesús García Saro, Doña Aurora Alvarez, D. Eduardo Fernández y D. Manuel Hinojal.

Y naturalmente, gracias también a los novios asistentes a estos Cursos, que si bien es cierto que vienen a aprender, ellos también nos han enseñado mucho, y han tenido una actitud receptiva y confiada que ha facilitado que los Cursos se puedan desarrollar en un clima amable y positivo, que a muchos ha servido para valorar más a fondo el sacramento del matrimonio, prepararse mejor para recibirlo adecuadamente y acercarse más a Dios.

INTRODUCCIÓN

Estas páginas, dirigidas en particular a los novios que se preparan para el matrimonio, pretenden servir de ayuda para profundizar en la importancia de la decisión que van a tomar, en la grandeza y características del matrimonio –y del matrimonio cristiano en particular-, así como en las obligaciones que contraerán y en las disposiciones y cualidades humanas y espirituales necesarias para vivir la vida matrimonial como Dios desea.

Contraer matrimonio es una de las decisiones de más trascendencia en la vida de una persona, porque es para siempre, y las obligaciones que comporta afectan a su vida entera en todas sus dimensiones; además es el origen de nuevas vidas: los hijos, a los que hay que educar y formar. Y para un cristiano, el matrimonio ha de ser además reflejo del amor de Cristo por su Iglesia y camino de santidad.

Si nunca es fácil recorrer con garbo este camino –porque supone una entrega grande y una responsabilidad no menor-, en momentos como el actual, en el que no pocos matrimonios tienen serias dificultades para vivirlo gozosamente, y con frecuencia acaban separándose

o divorciándose, se hace aún más necesario conocer muy bien lo que lleva consigo el matrimonio y tener la mejor formación posible –humana y espiritual– para ser capaz de vivirlo felizmente hasta el final.

Por ello, en primer lugar damos la enhorabuena a los novios que han decidido conscientemente unir sus vidas para siempre en el sacramento del matrimonio. Es una “aventura” maravillosa para los que Dios llama al estado matrimonial, a los que no faltará la ayuda de la gracia para que, si cuentan con ella, vivan ejemplarmente su matrimonio, sean felices en este mundo, y la vida matrimonial y familiar sea a la vez camino para el cielo.

La felicidad de una persona casada, su vida cristiana y la configuración misma de la sociedad, dependen mucho de cómo viva el matrimonio. “De hecho el sacramento del Matrimonio posee gran valor para la entera comunidad cristiana y en primer lugar para los esposos, cuya decisión es tal que no puede dejarse a la improvisación o a decisiones apresuradas”¹.

Como toda decisión importante, requiere una preparación adecuada para llevarla a cabo con pleno conocimiento: “Para que el ‘sí’ de los esposos sea un acto libre y responsable, y para que la alianza matrimonial tenga fundamentos humanos y cristianos, sólidos y estables, la preparación para el matrimonio es de primera importancia”².

Hay circunstancias personales, culturales, etc., en las que esta preparación es aún más necesaria. Por ejemplo, cuando el “proceso de descristianización existente en algunos lugares (...) comporta la pérdida de identidad del matrimonio y de la familia cristiana y, por tanto,

1. Pontificio Consejo para la Familia, *Preparación para el sacramento del matrimonio*, 1996, n.1

2. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1632

del mismo significado del noviazgo, la preparación al matrimonio se presenta hoy como una necesidad apremiante”³.

A lo largo de esta páginas iremos viendo –con brevedad, pero procurando recoger los aspectos principales– las diversas etapas para la preparación al matrimonio; las características del amor en el noviazgo y en el matrimonio; la virtud de la castidad como garantía del amor; algunos rasgos antropológicos y morales que pueden influir en el modo de entender y vivir el amor humano; analizaremos también el matrimonio y la familia en el plan de Dios, comentando sus propiedades esenciales y los conceptos doctrinales sobre el sacramento del matrimonio.

Después haremos un resumen de diversos aspectos jurídico-canónicos relacionados con el matrimonio, para seguir con criterios morales sobre la natalidad y la paternidad responsable, y un breve recuerdo de la fisiología de la reproducción.

Los temas finales los dedicaremos a hablar de la convivencia matrimonial en la vida diaria, de la vida cristiana en el matrimonio y de la educación de los hijos. Incluimos también un elenco de puntos del Compendio del Catecismo de la Iglesia referentes a muchos de los temas aquí expuestos, aunque algunos de esos puntos, con otros, han sido anteriormente citados.

En cuatro anexos hacemos una síntesis de las ideas principales expuestas en este curso; resumimos cómo llevar a cabo el expediente matrimonial y cómo se desarrolla la liturgia de la celebración del sacramento; por último, un examen de conciencia para preparar bien

3. *Preparación al sacramento del matrimonio*, nn. 10-12. Decía San Juan Pablo II: “Cuanto mayores sean las dificultades ambientales para conocer la verdad del sacramento del matrimonio y de la misma institución matrimonial, tanto mayores han de ser los esfuerzos por preparar debidamente a los esposos a sus responsabilidades”. *Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo para la Familia*, 4-X-1991.

la confesión. Añadimos también una relación bibliográfica sobre el matrimonio.

Encomendamos a la Sagrada Familia de Nazaret los frutos de todos los que se preparan para recibir el sacramento del matrimonio.

1. LAS ETAPAS DE LA PREPARACIÓN MATRIMONIAL

En la preparación para el matrimonio se podrían distinguir como tres etapas, todas importantes. Esta preparación será tanto mejor cuanto más se haya cuidado cada una de ellas. Veamos resumidamente sus rasgos principales.

La preparación remota: infancia y adolescencia

Aunque a primera vista pueda parecer algo exagerado, en realidad la primera preparación para el matrimonio –como para vivir bien la vida cristiana en la juventud y en la madurez, en general– debe comenzar ya en los años de la infancia y la adolescencia, pues entonces es cuando se ponen los fundamentos sobre los que vamos a edificar toda nuestra vida. Siempre es tiempo de mejorar, pero indudablemente la importancia de estos años es grande en la adquisición de virtudes y costumbres que nos serán de gran utilidad en nuestra vida si los “cimientos” son sólidos.

En estos años, el ámbito de mayor importancia en la formación de la persona es el seno de la propia familia principalmente. Los padres son los principales educadores de sus hijos, y no pueden delegar en otros esa responsabilidad⁴, aunque también son importantes la escuela y la parroquia. Los amigos, los medios de comunicación, etc. ejercen también una influencia que hay que procurar que sea positiva.

Como decimos, aunque siempre podemos mejorar, adquirir nuevas virtudes y desarraigar defectos, en esos años “se graba la estima de todo valor humano auténtico, tanto en las relaciones interpersonales como en las sociales”, con repercusión directa en “la formación del carácter, el dominio propio y la estima de sí mismo”, así como “el uso recto de las inclinaciones y el respeto a las personas también del otro sexo”.

No se debe olvidar la influencia de la religión en la adquisición de estos valores humanos. De ahí la importancia, sobre todo para el cristiano, de “una sólida formación espiritual y catequética”⁵.

Por lo que se refiere más directamente a las bases necesarias para vivir bien el amor humano, es imprescindible “el dominio de sí y el respeto a las personas del otro sexo”. Como explicaremos con más detalle en su momento, la virtud que nos ayuda a conseguirlo es la castidad⁶.

En esta etapa es deseable que se comprenda que el modo de vivir el amor humano tiene un papel central en la formación de la persona, porque el amor –sea el amor filial, fraterno, de amistad o entre un hombre y una mujer– es un modo determinado de vivir la virtud de la

4. cfr. San Juan Pablo II, Carta a las Familias *Gratísimam sane*, 1994, n. 16. cfr. Conferencia Episcopal Española, Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España, 2003, nn. 79-83

5. *Preparación para el matrimonio*, n. 22

6. “La educación leal y valiente a la castidad, al amor como don de sí. La castidad no es mortificación del amor, sino condición de amor auténtico”. *Preparación al matrimonio*, n. 24

caridad, y la caridad es la virtud que más nos perfecciona y más nos acerca a Dios⁷. A su vez, ese amor humano puede sanarse, reforzarse, intensificarse, si tiene como modelo el amor con que Dios nos ama.

Sin duda en esta etapa será conveniente también adquirir capacidad crítica ante determinados ambientes, para no dejarse influir por ideas contrarias a la unidad y estabilidad del matrimonio, que fácilmente acaban en rupturas matrimoniales⁸. La unidad y fidelidad de los padres será el mejor modo de valorar estas cualidades.

Podríamos resumir estas ideas con “dos verdades fundamentales de la tarea educativa” señaladas por San Juan Pablo II: “la primera es que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor. La segunda es que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo”⁹. Desarrollar estas importantes afirmaciones llevaría tiempo. Aquí nos basta subrayar que, más allá de técnicas, es importantísimo inculcar en los jóvenes y adolescentes un sincero amor a la verdad y un deseo eficaz de darse a los demás con generosidad, venciendo la comodidad de ir “a lo fácil” y el egoísmo de pensar en sí mismo antes que en los demás.

El noviazgo o preparación próxima

Después viene el noviazgo. Es tan importante esta etapa, que la experiencia demuestra que el éxito del futuro matrimonio está ligado, en buena parte, a la manera de vivir el noviazgo¹⁰, preparación próxima para el matrimonio.

En el noviazgo se ha de comprobar si se da la madurez de los valores humanos propios de esta etapa. Por ejemplo, si hay un buen conocimiento mutuo, si hay aceptación del modo de ser del otro, si existe el

7. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 25

8. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 27

9. San Juan Pablo II, Carta a las Familias *Gratissimam Sane*, 1994, n. 16

10. cfr. Augusto Sarmiento, *El matrimonio cristiano*, Eunsa, 1997, pág 219

deseo eficaz de mejorar y dejarse ayudar en lo que sea preciso. Los novios han de tomar conciencia de posibles carencias psicológicas o afectivas y de formas de egoísmo que pueden dificultar la donación total¹¹.

En el noviazgo se debe fomentar el espíritu de entrega, de comprensión, de respeto, de delicadeza...; el esfuerzo por ayudarse en el recíproco conocimiento y la superación de las dificultades. Para esta mejora personal, es muy importante, en los novios cristianos, tener presente a Dios en su relación¹².

Por lo que se refiere a los compromisos que van a contraer en el matrimonio, deben conocer bien la libertad del consentimiento como fundamento del vínculo matrimonial, la recta concepción de la paternidad responsable, los aspectos humanos de la sexualidad conyugal, el acto conyugal con sus exigencias y finalidades, la sana educación de los hijos. Así formarán mejor su conciencia moral¹³.

En esta etapa deben, por tanto, mejorar sus conocimientos teóricos sobre el matrimonio, y también formarse mejor con la ayuda de la gracia de los sacramentos. De este modo apreciarán más la importancia de la castidad prematrimonial y evitarán todo lo que dificulte el verdadero crecimiento del amor. Conviene recordar que “sólo el amor verdadero construye” y expresa la madurez afectiva¹⁴.

“La Iglesia, en su sabiduría, cuida la distinción entre el ser novios y el ser esposos, – no es lo mismo – sobre todo en vista de la delicadeza y profundidad de esta evaluación. Estemos atentos a no despreciar con un corazón ligero esta enseñanza sabia, que se nutre también de la experiencia del amor conyugal felizmente vivido. Los símbolos

11. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 36

12. cfr. *Directorio de la Pastoral Familiar...*, n. 101

13. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 35

14. Conferencia Episcopal Española, Inst. Pastoral *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 2001, n. 169

fuertes del cuerpo conservan las claves del alma: no podemos tratar los vínculos de la carne con ligereza, sin abrir alguna herida duradera en el espíritu. Es verdad, la cultura y la sociedad de hoy se han vuelto, más bien, indiferentes a la delicadeza y a la seriedad de este paso. Y por otro lado, no se puede decir que sean generosos con los jóvenes que tienen serias intenciones de formar una familia y a ¡traer al mundo hijos! Es más, a menudo ponen mil obstáculos, mentales y prácticos. El noviazgo es un camino de vida que debe madurar como la fruta, es un camino de madurez en el amor, hasta el momento en que se convierte en matrimonio”¹⁵.

En fin, en esta etapa debe revitalizarse, si fuera preciso, la vida sacramental, concretamente la Eucaristía y la Reconciliación. También convendrá profundizar en el amor y en la misericordia de Dios Padre con nosotros, sus hijos, creados por El y redimidos por Jesucristo que ha muerto por cada uno de los hombres.

“El resultado final de este período de preparación próxima consistirá en el conocimiento claro de las notas esenciales del matrimonio cristiano: unidad, indisolubilidad, fecundidad; en la conciencia de fe sobre la prioridad de la gracia sacramental, que asocia a los esposos como sujetos y ministros del sacramento al Amor de Cristo Esposo de la Iglesia; en la disponibilidad para vivir la misión propia de las familias en el campo educativo social y eclesial”¹⁶. Volveremos sobre estos aspectos con más detenimiento en otros capítulos.

La preparación inmediata o curso prematrimonial

Por último, estaría la preparación inmediata, en la que se sitúa el curso prematrimonial. La eficacia de esta preparación dependerá

15. Papa Francisco, *Catequesis sobre la familia, El noviazgo*, Audiencia General 27-05-2015.

16. *Preparación para el matrimonio*, n. 45. cfr. Directorio de la Pastoral familiar, n. 106

en buena medida de cómo haya sido la preparación en las etapas anteriores.

Si en esas etapas no se ha adquirido la preparación conveniente, al llegar aquí se debe tratar de compensar esas lagunas o deficiencias, aunque no es sencillo, porque la asimilación de conocimientos y sobre todo de actitudes –de virtudes cristianas– no se improvisa, requiere tiempo aún contando con buenas disposiciones, para que den lugar a hábitos estables de conducta.

“Los cursos prematrimoniales son una expresión especial de la preparación. Y vemos muchas parejas, que quizá llegan al curso un poco de desgana: “¡estos curas que nos hacen hacer un curso! ¿Por qué? Nosotros sabemos”... Y van con desgana. Pero después están contentos y agradecen, porque, en efecto, encontraron allí la ocasión –¡a menudo la única!– para reflexionar sobre su experiencia en términos no banales. Sí, muchas parejas están juntas mucho tiempo, tal vez también en la intimidad, a veces conviviendo, pero no se conocen de verdad. Parece extraño, pero la experiencia demuestra que es así. Por ello, se debe reevaluar el noviazgo como tiempo de conocimiento mutuo y de compartir un proyecto”¹⁷. Con frecuencia “el deslumbramiento inicial lleva a tratar de ocultar o de relativizar muchas cosas, se evita discrepar, y así sólo se patean las dificultades para adelante. Los novios deberían ser estimulados y ayudados para que puedan hablar de lo que cada uno espera de un eventual matrimonio, de su modo de entender lo que es el amor y el compromiso, de lo que se desea del otro, del tipo de vida en común que se quisiera proyectar. Estas conversaciones pueden ayudar a ver que en realidad los puntos de contacto son escasos, y que la mera atracción mutua no será suficiente para sostener la unión. Nada es más volátil, precario e imprevisible que el deseo, y nunca hay que alentar una decisión de contraer matri-

17. Papa Francisco, *Catequesis sobre la familia, El noviazgo*, Audiencia General 27-05-2015.

monio si no se han ahondado otras motivaciones que otorguen a ese compromiso posibilidades reales de estabilidad”¹⁸.

Una finalidad importante del curso prematrimonial es “sintetizar el recorrido del itinerario anterior sobre todo en los contenidos doctrinales, morales y espirituales, para colmar así posibles carencias de formación básica”¹⁹.

Se ha de cuidar también la preparación litúrgica apropiada que incluya la participación activa de los novios, con especial cuidado del sacramento de la Reconciliación, de tal modo que la celebración del matrimonio –en su momento– sea no sólo válida, sino digna y fructosa²⁰.

Por tratarse de un sacramento, y de un sacramento que afecta tanto a la vida personal en la relación con Dios, la preparación adecuada –decíamos– ha de ser espiritual, además de intelectual o doctrinal. “En ningún caso se pueden reducir a la transmisión de unas verdades, sino que debe consistir en una verdadera formación integral de las personas, en un crecimiento humano, que comprende la maduración en las virtudes humanas, en la fe, la oración, la vida litúrgica, el compromiso eclesial y social, etc”²¹.

Más concretamente, los Cursos prematrimoniales deben servir para que los novios conozcan mejor las propiedades esenciales del matrimonio (unidad, indisolubilidad, apertura a la vida); para que vean si tienen las disposiciones necesarias para la celebración válida y fructuosa de este sacramento; para que entiendan bien la enseñanza de la Iglesia sobre la castidad y la paternidad responsable; para que

18. Papa Francisco. *Amoris laetitia*, 209.

19. *Preparación al matrimonio*, n. 50, a)

20. cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1622

21. *Directorio de la Pastoral familia...*, n. 109

profundicen en la importancia de la gracia sacramental para vivir el matrimonio como vocación a la santidad...²².

Interesa subrayar que “no se puede olvidar en este proceso la dimensión apostólica que ha de tener un noviazgo cristiano ante una sociedad que ignora muchos de los valores fundamentales de esta etapa”²³. Los cristianos debemos sentir la necesidad de ser “sal”, “luz” y “fermento” de la sociedad (cfr. Mt 5,13, 5,16 y Luc 13,21).

Es posible que algunos novios, al reflexionar sobre la amplitud y profundidad de una buena preparación para el matrimonio, se vean, aún contando con sus buenas disposiciones, como bastante alejados de este conjunto de cualidades humanas y espirituales. Si el Curso prematrimonial sirve para “descubrir” esas deficiencias, habrá sido útil, y el “diagnóstico” sincero y objetivo que los novios hagan de su propia situación personal les puede permitir, con la ayuda de algún sacerdote, etc, aprovechar lo mejor posible el tiempo que aún falte para la boda. En esos posibles meses de plazo, bien orientados y con el deseo eficaz de mejorar, pueden avanzar bastante en su preparación personal, que continuarán después de la celebración del matrimonio, pues, en último término, la formación en la vida cristiana no termina nunca.

Para apreciar mejor la importancia de la formación doctrinal y la vida cristiana, bastaría recordar algunos aspectos de la vida matrimonial y familiar en los que influyen claramente. Por ejemplo: en la jerarquía de valores que de hecho tenga ese matrimonio; en el modo de vivir la castidad en el noviazgo y después en el matrimonio; en la guarda del corazón y la fidelidad; en la serenidad ante las contrariedades; en la firmeza de la indisolubilidad o por el contrario en dejarse llevar de una mentalidad divorcista si surgen dificultades; en contar

22. *Preparación para el matrimonio*, n. 45; cfr. *Directorio de la Pastoral familiar...*, n. 117

23. *Directorio de la Pastoral familiar...*, n. 109

o no con la gracia de Dios; en la generosidad en el número de hijos, etc²⁴.

La devoción sincera y honda a María, Madre de la Iglesia y Reina de la Familia no debe faltar en la preparación de los novios. El hogar de María, José y Jesús debe ser el modelo de los hogares cristianos²⁵.

En cuanto a los testigos, que toman parte activa en la acción litúrgica, se les debe explicar que “no son sólo garantes de un acto jurídico, sino también representantes de la comunidad cristiana, que por su medio, participa en un acto sacramental que le afecta, porque toda familia nueva es una célula de la Iglesia”. Por ello sean invitados a prepararse debidamente mediante el sacramento de la Reconciliación y poder participar en la Eucaristía²⁶.

24. En *Religión, Race and Relationships in Urban America* (Religión, Raza y Relaciones en la América Urbana), publicado en V-2007 por W. Bradford Wilcox, profesor de Sociología en la Universidad de Virginia (USA), se dan datos que hacen ver la influencia de la religión en la familia., disminuyendo el porcentaje de divorcios, aumentando el número de niños que nacen dentro del matrimonio... La religión ayuda a dar a la relación matrimonial un sentido de trascendencia y como consecuencia mayor estabilidad; los padres creyentes son más conscientes de que las relaciones sexuales y los hijos deben tenerse en el matrimonio y no fuera de él; las creencias religiosas permiten afrontar situaciones difíciles con más paz y serenidad; en muchos grupos religiosos hay medios para ofrecer apoyo emocional y social a la mujer embarazada, etc. (cfr. Zenit.org, 1-VII-07).

25. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 58

26. cfr. *Preparación para el matrimonio*, n. 55

Cuestionario²⁷

- 1– ¿Está de acuerdo en que el matrimonio es una de las decisiones más importantes de su vida, que requiere una preparación adecuada?
- 2– De acuerdo con lo expuesto en este tema, ¿le parece que ha llegado al noviazgo con la preparación adecuada? Si no es así, ¿en qué aspectos piensa que debería mejorar en esta preparación próxima para el matrimonio que es el noviazgo?
- 3– ¿Comparte con su pareja los mismos criterios en cuanto a lo que es necesario para adquirir una buena preparación para el matrimonio?
- 4– ¿Está de acuerdo en que el modo de vivir el noviazgo influirá en el modo de vivir el matrimonio? ¿Deberían cambiar en algunos aspectos?
- 5– ¿Comparte la afirmación de que, para un cristiano, una buena preparación para el matrimonio requiere vivir de acuerdo con la fe de la Iglesia y, por tanto, rezar, frecuentar los sacramentos, etc.?

27 Aconsejamos contestar personalmente estas preguntas y comentarlas con su novio/novia (incluiremos algunas preguntas al final de cada apartado, con esta finalidad)

2. SEXUALIDAD Y PUREZA

En este capítulo vamos a hablar de la importancia de la sexualidad, de su razón de ser o finalidad, del amor en el noviazgo y de la pureza, virtud que integra y ordena todos los elementos que intervienen en la sexualidad y garantiza su recto uso. Veremos también algunos errores morales más difundidos que pueden influir negativamente en el modo de entender y vivir la sexualidad en el noviazgo y en el matrimonio. En otro guión trataremos de los criterios morales sobre las relaciones conyugales y la paternidad responsable.

Pero empezamos este capítulo con unas consideraciones previas que nos parece pueden ayudar a tener una actitud abierta y receptiva ante estas enseñanzas, tan importantes para la vida personal y matrimonial.

Consideraciones preliminares

Es muy importante tener criterios morales claros sobre las enseñanzas de la Iglesia relacionadas con el 6º y 9º Mandamiento, tanto en el noviazgo como en el matrimonio. Del modo de vivirlas dependerá en buena parte el respeto mutuo, el modo de vivir el noviazgo, así como la fidelidad y la generosidad en la paternidad, y la vida cristiana en su conjunto.

Conviene recordar que las enseñanzas de la Iglesia en este campo, como en los demás de la vida moral, son de un valor permanente y universal, porque son parte de los Diez Mandamientos, y éstos son el resumen de la ley natural, que obliga a todos los hombres independientemente de sus creencias religiosas, que todos podemos conocer con la luz de la razón, y que todos debemos respetar y cumplir, para no ofender a Dios y a nosotros mismos, pues ignorarlas o despreciarlas perjudicaría inevitablemente al que incurre en ello, ya que el cumplimiento de los mandamientos son una garantía del respeto a la dignidad de toda persona.

Concretamente, las enseñanzas sobre el 6º y el 9º Mandamiento, como decimos, se pueden alcanzar por la razón y son consecuencia de la dignidad humana, del fin de la sexualidad, de la grandeza del amor y del fin último para el que hemos sido creados. Lo que nos enseña la Iglesia ayuda mucho a que la razón no se confunda en la búsqueda de la verdad en estos campos.

No debemos olvidar que en el ambiente cultural contemporáneo partimos de deficiencias morales en algunas leyes y en las costumbres, que arrancan a veces de una concepción errónea del hombre, como comentaremos después. Y esto, unido a las consecuencias negativas del pecado original y de los propios pecados personales, dificulta tanto la claridad de criterio como el empeño en vivirlo.

Por eso vivir los Mandamientos no resulta fácil, como otros preceptos de la vida cristiana, o como algunas situaciones particularmente difíciles e incluso heroicas que pueden presentarse en la vida de los cristianos y de cualquier hombre. Pero conviene no olvidar que Dios no pide imposibles, por tanto todo aquello que El nos pide, con su gracia y nuestro esfuerzo, es siempre posible. “Te basta mi gracia” (2 Cor 12,9), le decía el Señor a San Pablo, cuando sentía la dificultad de lo que Dios le pedía.

Para evitar prejuicios infundados, es importante subrayar que la Iglesia tiene un alto concepto del amor humano. La Iglesia enseña que el amor humano es santo cuando se vive como Dios quiere. El amor conyugal, vivido según la ley de Dios, hace mejores a los esposos, les acerca a Dios y colaboran con El en la transmisión de la vida. Por tanto la Iglesia no tiene una visión apocada del amor entre un hombre y una mujer. Sus enseñanzas van encaminadas a ayudarnos a que no lo desvirtuemos reduciéndolo a la mera búsqueda de placer. Eso sería un obstáculo al crecimiento del verdadero amor.

La Iglesia comprende y perdona siempre nuestras debilidades, como Jesús perdonó a la mujer adúltera, a la vez que le dijo “no peques más” (Ju 8,1-11): la Iglesia, en nombre de Jesucristo, perdona cuando reconocemos nuestros pecados y nos arrepentimos, y nos ayuda a formar bien la conciencia distinguiendo el bien y el mal.

Por otra parte, lo que ofende a Dios ofende también al hombre: al pecar deformamos nuestra imagen y semejanza de Dios y perdemos la amistad con El (la gracia), que es lo que tenemos de más valor en nuestra vida. El pecado tiene, por tanto, una dimensión sobrenatural y una dimensión humana: nos aleja de Dios y nos hace peores. Sucede lo contrario cuando vivimos según la ley de Dios.

Y en fin, para salir al paso de una posible mentalidad que da categoría moral a los datos estadísticos, conviene recordar que la estadística no es fuente de normas morales: constata hechos, simplemente. La moralidad o inmoralidad de determinados comportamientos no depende del número de personas que vivan de un modo concreto. Sería por eso un error dar por válidos ciertos modos de vivir por el mero hecho de que sean más o menos frecuentes.

El fin de la sexualidad

En las ideas fundamentales sobre la sexualidad podemos empezar por recordar que la condición sexuada de la persona humana afecta

a todo nuestro ser: no es algo accidental, no es como un “añadido” o algo meramente biológico, sino que pertenece a la esencia de nuestro ser personas. Por tanto, el modo de vivir la sexualidad tiene relación directa con nuestro modo de ser, con el modo de entender el amor y la relación personal con Dios.

El ejercicio libre y consciente de la actividad sexual, como todo acto libre, tiene una trascendencia moral: será un acto bueno si orienta la sexualidad al fin para el que hemos sido creados así, será un acto malo si nos aparta conscientemente de ese fin y “usamos” la sexualidad para otros fines.

¿Y cuál es el fin para el que hemos sido creados sexuados? La Sagrada Escritura, cuando narra la creación del hombre y la mujer, nos dice con sencillez los motivos por los que hemos sido creados así, diferentes el hombre y la mujer pero a la vez complementarios y con la misma naturaleza y la misma dignidad.

Nos dice el Génesis que Dios, después de crear a todos los demás seres que pueblan la tierra –plantas y animales– crea al hombre, pero éste no encuentra en todo lo creado “una ayuda semejante a sí” (Gen 2,20), Por eso crea Dios a la mujer, “hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gen 2,22), dirá Adán: de la misma naturaleza y dignidad. Y esa “ayuda” es recíproca.

Es decir, Dios nos crea así para que el hombre y la mujer se quieran y se ayuden en sus necesidades materiales y espirituales: ayuda para cumplir su fin como criaturas en el mundo al frente del cual les pone Dios “para que lo trabajen” (Gen 2,15), es decir para que desarrollen y cultiven todas las realidades creadas que Dios pone en sus manos.

En segundo lugar, para que puedan “crecer, multiplicarse y llenar la tierra” (Gen 1,27), pero con estas condiciones:

a) “dejando el hombre a su padre y a su madre y uniéndose a su mujer, y siendo los dos una sola carne” (Ge 2,24): es decir, *en el matrimonio, uno con una*, y no de otro modo.

b) y “lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”· (Mt 19,6): es decir, *indisoluble, para siempre*.

c) y un amor bendecido por Dios (Gen 1,27). Por tanto, *un amor abierto a la vida*, un amor procreador, colaborador del amor creador de Dios.

En resumen, para un amor único, total, fiel, fecundo.

Por tanto, Dios es el que ha puesto la capacidad de sentir placer sexual en la naturaleza humana, para hacer más fácil la ayuda mutua y la procreación. Por eso el placer sexual –como el placer de los sentidos en general– es bueno y querido por Dios dentro del acto conyugal abierto a la vida; pero no lo sería al margen de ese fin. No se debe olvidar que el amor, aunque exista, no siempre es el que rige o gobierna la actividad sexual, porque por la debilidad personal puede ser “vencido” por el mero instinto, por el simple deseo de placer, etc. y no respetar las normas morales por las que debe regirse. Y por la dignidad de la persona, el amor –y no otra cosa– es el único modo adecuado de tratarla. A la persona no se le puede “utilizar” como si fuera un “objeto”; tampoco cabe “utilizarse” mutuamente, porque no sería amor.

Por ejemplo, se desvirtuaría el fin del placer en la búsqueda solitaria de ese placer (masturbación), en las relaciones sexuales fuera del matrimonio (fornicación y adulterio) o en las relaciones sexuales privadas voluntaria y directamente de la apertura a la vida (anticoncepción).

La virtud que regula el recto orden del ejercicio de la sexualidad es la *castidad*, que la libera del instinto y la pasión, evita su desorden, la integra en el amor, que lo hace más fuerte, más fiel, más tierno y más generoso. Hablaremos de esta virtud en el epígrafe siguiente.

El amor de los novios

En el noviazgo, como en el matrimonio, el amor entre el hombre y la mujer debe estar presente en todo momento, desde pequeños deta-

lles materiales hasta otras muchas muestras de afecto. Siempre debe haber un interés por ayudar, servir y hacer feliz a la persona a la que se ama.

Vamos a distinguir modos diversos de amar; hablaremos también de las dimensiones o “niveles” que hemos de considerar en el amor para terminar hablando en este epígrafe de la pureza.

a) Eros y ágape. Entre las diversas formas de amor —el amor a la patria, a la profesión, a los amigos, a los padres y hermanos...— el arquetipo es el amor entre el hombre y la mujer. Este amor supera todas las otras formas de amar y lleva al hombre a un deseo de felicidad irresistible. En este amor debe intervenir todo nuestro ser, cuerpo y alma inseparablemente, y está integrado por lo que siguiendo enseñanzas de Benedicto XVI podríamos llamar el “eros” y el “ágape” —en terminología clásica, de los griegos— que se diferencian y se relacionan²⁸, como ahora veremos.

El *eros* es el amor entre el hombre y la mujer que no nace del pensamiento o de la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Ese sentimiento prevalece sobre la razón y tiende a elevar al hombre de la limitación de su existencia.

Podemos decir que equivale a un “gustarse”, a la “atracción física” que se siente ante una persona. Pero aunque esta dimensión es necesaria, no es ni mucho menos suficiente para que se pueda hablar de amor. Un paso más es el “enamoramiento”, que es la suma de lo anterior más una cierta sintonía de sentimientos o afectos. Pero en esta etapa se busca más el propio bienestar que el de la otra persona, aunque no se haga muy conscientemente; se acerca más al amor, si bien no equivale necesariamente a él.

Pero el *eros*, para lograr la meta de alcanzar una gran felicidad, necesita disciplina y purificación, no dejarse llevar del instinto, y una

28. cfr. Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 2006, nn. 3-8

cierta renuncia. Así madura y alcanza su verdadera grandeza. Esto se consigue si se tiene en cuenta la dimensión no sólo corporal sino también espiritual del hombre: cuerpo y alma. Si el hombre fuera sólo espíritu (como los ángeles) perdería su condición humana; pero si menosprecia u olvida el espíritu y considera su cuerpo como una realidad exclusiva, malogra su grandeza y tiene el riesgo de reducir su cuerpo a simple “sexo”, a “objeto” que se puede llegar a comprar y vender. *El que ama no es ni el alma ni el cuerpo, sino el hombre, la persona, integrada por su cuerpo y su alma*: sólo cuando actúan unidos el hombre es plenamente él mismo. Reducir nuestro ser persona a lo material no engrandece a nuestro cuerpo, ni expresa la realidad de nuestra existencia y de nuestra libertad²⁹.

El *eros* purificado y maduro se convierte en *ágape*, o amor que ha llegado al “descubrimiento” del otro y ha superado el egocentrismo que lo caracterizaba. El *eros* busca antes que nada su propia satisfacción. El *ágape* se ocupa y se preocupa del ser amado; ya no se busca a sí mismo. Busca el bien del amado y está dispuesto a la renuncia y al sacrificio para hacerle feliz; de ese modo alcanza su propia felicidad y descubre lo mejor de sí mismo. El “*ágape*” aspira a lo definitivo: es un amor exclusivo (sólo a esta persona) y para siempre. Engloba la existencia entera. Tiene que ser así, porque el amor tiende a la eternidad.

Eros y *ágape* se complementan: hemos de amar (que es lo propio del *ágape*), pero para perseverar en “darse” al otro necesitamos sentirnos amados (lo que busca el *eros*). Podríamos decir que el amor es una única realidad con diversas dimensiones, que si se separan se

29. Por la unión inseparable del cuerpo y del alma, somos un “cuerpo espiritualizado” o un “espíritu corporeizado”. No se debe caer en un nuevo maniqueísmo, en el que cuerpo y espíritu son realidades contrapuestas, sin mutua influencia. Nos conocemos mirando a Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, que “revela el hombre al hombre”, dice el C. Vaticano II. Esta es la respuesta de la Iglesia al racionalismo moderno (cfr. Augusto Sarmiento y Mario Iceta, “¡Nos casamos!. Curso de preparación al matrimonio”, Eunsa, 2005, pág. 98)